

Capítulos del ABAD GENERAL en el CFM 2024

Esperar en Cristo

1. ¿Supervivencia o vida eterna?

Este año me gustaría explorar con vosotros el tema de la **esperanza cristiana**, un tema que nos interpela mucho en la situación actual del mundo, de la Iglesia, de nuestras Órdenes y de nuestras comunidades.

¿Por qué sentimos la necesidad de recuperar la esperanza?

En la Bula de convocación del Jubileo *Spes non confundit*, el Papa Francisco nos recuerda que “todos, en realidad, necesitamos recuperar la alegría de vivir, porque el ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios (cf. *Gn 1,26*), no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente, amoldándose al momento presente y dejándose satisfacer solamente por realidades materiales. Eso nos encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes.” (§ 9).

Me llama la atención la observación de que el ser humano “no puede conformarse con sobrevivir o subsistir mediocrementemente”, dejándose satisfacer sólo por las realidades materiales. Es una sentencia que describe tanta tristeza que se respira en nuestras sociedades, que también respiramos en nosotros mismos y en nuestras comunidades. Es una tristeza disfrazada de falsa alegría, la que nos anuncian, prometen y aseguran constantemente los medios de comunicación, la publicidad, la propaganda de los políticos, tantos falsos profetas del bienestar. Contentarse con el bienestar nos impide abrirnos a un bien mucho mayor, mucho más verdadero, mucho más eterno: lo que Jesús y los apóstoles llaman “la salvación del alma, la salvación de la vida”; un bien por el que Jesús nos invita a no temer perder la vida, los bienes materiales, las falsas seguridades que a menudo se derrumban en un instante.

Hace poco estaba en la estación de Roma-Termini por la mañana temprano. Llegué pronto para evitar el tráfico de la ciudad, así que tenía tiempo, y después de la oración de Matines y Laudes, allí de pie junto a mi maleta, me puse a mirar a la gente. Cuando miras de verdad a la gente, cuando miras sus rostros, surge en todos una demanda de compasión, una pobreza disfrazada de mil maneras, pero últimamente inconfundible. Es como la emergencia inevitable de la mirada de una herida universal en el corazón humano.

El santo monje ortodoxo Silvano del Monte Athos meditó profundamente sobre el lamento de Adán que cada uno de nosotros lleva dentro. Escribió: “Adán gemía, porque a causa de su pecado todos habían perdido la paz y el amor. Grande fue el dolor de Adán cuando fue expulsado del paraíso, pero cuando vio a su hijo Abel asesinado por su hermano Caín, su sufrimiento se hizo aún mayor; su alma estaba atormentada, sollozaba y pensaba: 'De mí saldrán pueblos que se multiplicarán: todos sufrirán, vivirán enemistados y se matarán unos a otros'. Su dolor era tan grande como el mar, y sólo puede comprenderlo el alma de quien ha conocido al Señor y sabe cuánto nos ama”.

Entonces me pregunté: ¿qué deseo para todas estas personas, para todos estos rostros que por unos instantes pasan a mi lado, como sin origen y sin destino? ¿Qué realidad abarcadora deseo pedir a Dios para todos ellos? ¿Qué podría dar plenitud a cada vida, sea cual sea y se encuentre en el estado que se encuentre?

Una realidad se ha impuesto en mi mente y en mi oración: la vida eterna. La vida eterna es lo que todos anhelan y lo que sé que puedo desear y pedir para mí y para todos sin equivocarme, sin pedir algo que no corresponde a su necesidad y sobre todo al plan de Dios para todos y cada uno. No tanto y no sólo la vida eterna como un estado sublime que podemos alcanzar después de la muerte, sino la vida eterna posible aquí y ahora, la vida eterna como la define Jesús: “Esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo” (Jn 17, 3), es decir, una vida definida, iluminada por la comunión con Cristo y, a través de Él, con el Padre.

Sólo esto permite al hombre vivir de verdad y no sólo “sobrevivir o subsistir mediocrementemente”. Debemos admitir, con demasiada frecuencia, que nos encontramos subsistiendo mediocrementemente, contentándonos con sobrevivir. ¿Qué significa subsistir mediocrementemente? Lo entendemos si pensamos en verbos como 'tararear' o 'mordisquear'. Quieren expresar que en lugar de cantar o comer como es debido, como somos capaces de hacer, sólo lo hacemos, por así decirlo, a medias, superficialmente, no hasta el final. En lugar de cantar una canción alto y claro, disfrutando de su belleza, expresando bien la letra y la música que pretendía el compositor, lo hacemos con palabras a medio pronunciar, con la melodía apenas insinuada, como instintivamente, como si no fuéramos realmente conscientes de que estamos cantando.

A menudo hacemos lo mismo con la vida. Dios, el compositor de nuestra vida, la diseñó y creó para ser vivida en plenitud, para ser, como se dice, “cantada a pleno pulmón”. En cambio, desde el pecado original, el hombre ha tendido a sobrevivir más que a vivir; es decir, a vivir a medias, superficialmente, sin pensar en la belleza y la intensidad que el Creador quiso expresar con esta criatura suya única y absolutamente original. Ninguna criatura humana es un “copia-pegar” de otra. Cada vida está absolutamente hecha para ser única, original, especial. En cambio, nos acomodamos a vivir como si fuéramos fabricados en serie, todos iguales y uniformes. No hay más que ver cómo todo el mundo imita las modas y actitudes de los falsos modelos de vida creados por los medios de comunicación.

Hay en nosotros una pereza por vivir plenamente. Nos conformamos con vivir plenamente porque tememos que vivir de verdad sea demasiado difícil. El problema, sin embargo, como escribe el Papa, es que subsistir mediocrementemente “encierra en el individualismo y corroe la esperanza, generando una tristeza que se anida en el corazón, volviéndonos desagradables e intolerantes”.

Subsistir mediocrementemente es temer la muerte sin amar la vida; temer perder la vida que creemos poseer sin amar la vida que nos es dada por Dios, o como nos es dada por Dios.

Pero, precisamente, la vida eterna, es decir, la plenitud de vida que nos hace verdaderamente felices, es una realidad que no poseemos, que no podemos darnos a nosotros mismos, una realidad que debemos recibir del Señor, una realidad que debemos esperar de Dios.